


para Ti morimos; y por esto, ya vivamos ó muramos, somos, tierna Madre, para siempre tuyos, hijos de tu amor que jamás te olvidarán.

## CAPÍTULO XIX.

EL ESPÍRITU SANTO.—SU ESPOSA INMACULADA.

### § I.



OLVAMOS los ojos á la tierra. Hé aquí á la Santa Madre y á los discípulos del Señor retirados al Cenáculo, orando al Padre y al Divino Hijo por la venida del Consolador: sus ruegos son los mismos, y uno mismo es también el espíritu que los anima. así pasan orando uno y otro, y más días, hasta que es llegado el feliz momento en que desciende el Paráclito, por quien tanto suspiraban. Sublime y divina enseñanza, donde aprendemos la manera de rogar y obtener los celestiales dones. El Señor nos había dicho que donde estuvieren dos ó tres reunidos en su nombre, estaría Su Majestad en medio de ellos (1); y el Espíritu Divino pide entonces por nosotros con gemidos inexplicables. Y el que escudriña los corazones sabe lo que desea el espíritu; porque, se-

(1) Rom., VIII, 26-28.

gún Dios, pide por los santos; y sabemos además que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman á Dios (1). ¡Cuánta grandeza y excelencia! Orar con Dios; orar, si lícito es decirlo, con los labios de Dios mismo, y con las palabras que nos inspira. ¿Podremos, después de esto, temer que sean desatendidas nuestras peticiones?

Á la luz de la grandeza y excelencia de la oración descubrimos la bondad de Dios, que quiere ser rogado una y otra vez, verdaderamente importunado por nosotros. Pedid, buscad, llamad, y Dios quiere que seamos, como los apóstoles, perseverantes en la oración; y entretanto, el Espíritu de Dios no pasa por delante de nosotros, ni nos llena de pavor, como aquel de que hablaba Elifáz de Teman (2); mas está de asiento en nuestra compañía, llenándonos de paz y celestial consuelo.

Los apóstoles oraban, teniendo en medio de ellos á la Madre de Jesús, por cuyos ruegos sobre todos los demás fué atraído el Espíritu Divino: esa celestial paloma hacía violencia al corazón de su Divino Esposo, que lleno de amor y de ternura le había dicho: «Suene tu voz en mis oídos.»

¡Ah, cuán dichoso es el hombre que ruega bajo la sombra de María, y sabe interesarla por su causa! Dios despachará sus ruegos favorablemente: jamás el Hijo puede confundir el rostro de su Madre: Su Majestad la dice, como Salomón á Betsabé:

(1) D. Bonav., Medit. 98. D. Bernard., Serm. II. De Ascensu

(2) Job. IV, 14, 15.

«Pide, Madre mía, que no es razón que yo te deje desairada» (1).

Y ¿cómo pudiéramos no llevar con nosotros á María cuando nos presentamos delante del Señor? El brillo de la eterna majestad deslumbraría nuestras miradas, y el espanto haría desfallecer el corazón. Oigamos un momento á San Bernardo: «Toda nuestra suficiencia viene de Jesús; pero no era conveniente que estuviese el hombre solo, sino que concurriese á su reparación uno y otro sexo, así como ambos fueron causa de su ruina. Fiel y omnipotente es Jesús, el Mediador de los mortales; mas Jesús es Dios de terrible y grandiosa majestad; y si es clemente, tiene también entre sus manos el poder de todo juicio. Y asimismo, nuestro Dios es un fuego que consume; y el pecador, ¿no temerá ser consumido como la cera por el fuego? Hé aquí por qué volamos á ponernos á la sombra de María, la Mujer bendita entre todas las mujeres, y hé aquí también el lugar que tiene en la reconciliación del hombre: necesitase una medianera para con el mismo Mediador; ¿quién otra puede hallarse mejor que María? Por medio de Eva, la serpiente antigua envenenó al desgraciado Adán; pero María consigo trajo el celestial antídoto para salud de todos los mortales. Eva fué instrumento del demonio; María lo fué de propiciación y eterna vida.

El espanto, el desaliento, nos hacía volar al seno de María, que sólo inspira grandísima confianza al pecador. ¿Dónde está en ese rostro her-

(1) III Reg., II, 20.

moso y tan benigno, algún rasgo que nos descubra el ceño? No es terrible ni austero el semblante de María, sino suave, agradable, amoroso. Su pecho está lleno de dulce piedad; la mansedumbre y la clemencia, con Ella van á todas partes, buscando pecadores, oyendo las plegarias de los miserables y socorriendo á todos (1). ¡Ah! Dijimos que nosotros habíamos volado á ponernos bajo la sombra de María; mas no es así. Ella misma es quien viene buscando nuestras almas por todos los caminos de la vida.

Oigamos el sagrado texto: «Al cumplirse los días de Pentecostés estaban todos juntos, en un mismo lugar, cuando de repente sobrevino del cielo un ruido, como de viento impetuoso que soplaba, y llenó toda la casa donde estaban. Al mismo tiempo aparecieron unas como lenguas de fuego, que se repartieron y asentaron sobre cada uno de ellos: entonces quedaron llenos todos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diversas lenguas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca» (2).

Diez días han pasado desde que el Divino Salvador subió á los cielos, y llega ya el momento en que el Consolador descienda sobre los apóstoles. Si atendemos la omnipotencia de los ruegos del Supremo Mediador de los hombres, ese tiempo parécenos muy largo; y en efecto, ¿cómo hubiera sido necesario que pasasen tantos días para que Jesús consiguiese para sus apóstoles aquel celeste

(1) Serm. I. Ex Verbis. Apoc.

(2) Act., II, 1, 4.

y agradable don? Pero era indispensable que los discípulos estuviesen dignamente preparados para recibirlo. Hé aquí lo que en este tiempo hacían la fe, la esperanza, el amor, y la perseverancia, en fin, con que mandaban á los cielos fervientes oraciones.

El amor debía llamar con tiernas voces al que es su origen y principio; y semejante dilación no hacía sino avivar las encendidas ansias con que por Dios suspiraban los hijos de Jesús. Si respecto de éstos, tales afectos les purificaban más y más, en cuanto á nuestra Niña, no pasaba de esta suerte. Sus vivísimos deseos, y los suspiros que salían de su sagrado pecho, la enriquecían con nuevos tesoros de santidad y gracia; mas no hallaban en Ella qué purificar: santísima, concebida sin pecado, perfecta siempre y agradable á los ojos del Señor, aquellos tesoros y riquezas servían únicamente para aumentar sus encantos y hermosura con nuevos y preciados atractivos. En su santa é inmaculada Concepción atrajo las miradas del Padre celestial, quien entonces dijo á su muy amada Niña: «Toda hermosa eres, y en Ti no hay mancha» (1). En la divina Encarnación, de su amor quedó cautivo el Hijo del Eterno, encerrándolo en su seno virginal, y pudiéndole decir llena de confianza: «Tú eres mi Hijo: hoy te engendré Yo» (2). Finalmente, en el Cenáculo atrae con maravilloso y nuevo modo al Espíritu Santo sobre su corazón inmaculado, y

(1) Cant., IV, 7.

(2) Ps. II, 7.

este Espíritu Divino la dice entonces: «Yo te desposaré conmigo para siempre..... mediante la misericordia y la clemencia y mediante la fe....., y entonces será cuando Yo escuche benigno á los cielos, y éstos escucharán á la tierra, y la tierra atenderá á dar el grano, y el vino, y el aceite; y estas cosas atenderán á Jezrahel..... Y la sembraré Yo para Mí como preciosa simiente sobre la tierra, porque me apiadaré de aquella que fué llamada: «No más misericordia.» Y al que dije que no era mi pueblo, le diré: «Tú eres mi pueblo», y él dirá: «Tú eres mi Dios» (1).

Las palabras dichas nos revelan la inefable y grandiosa ternura de María, y la razón por qué está siempre rebosando para con los hombres bondad y clemencia: el Espíritu Santo la ha tomado por su Esposa; pero ¿con qué títulos y condiciones lo ha hecho? La misericordia y la clemencia. María, pues, está obligada, en virtud de aquel indisoluble vínculo que la une con el celestial Esposo, á ser clemente y tener piedad con los hombres, así como también este mismo Esposo se ha obligado á escuchar sus ruegos.

¿Quién no bendice y adora al Consolador divino, que, al descender allá en el Cenáculo sobre la Santa Virgen, le ha exigido que sea tierna y amorosa para con nosotros?

Abraçada de amor se siente el alma, y bien conoce con cuánta propiedad este mismo Espíritu Divino descendió en misteriosas lenguas de fuego: al contemplar sus obras, queda inflamado el cora-

(1) Osee, II, 19, 24. D. Aug., Serm., 22 de temp. Glosa.

zón en su divina caridad: amó de tal manera al mundo, que en el día de su venida desde luego le prepara una Madre tierna y amorosa cual ninguna.

Respecto de María, con relación á nuestros intereses, no ignoramos el gran derecho que nos dan las cláusulas de aquel adorable sacramento que hemos mencionado, y tal derecho inspíranos grandísima confianza en su dulce patrocinio; ¿cómo pudiera la Esposa muy amada del Divino Espíritu no atender alguna vez á los ruegos de aquellos para quienes otorgó en su santo matrimonio el celestial Esposo esta cláusula sagrada: «Te desposaré conmigo mediante la misericordia y la clemencia?» Nunca, pues, dejará de oírnos esta tierna y amorosa Madre, y sus ruegos nos alcanzarán todos los bienes: el grano, el vino, el aceite, la misericordia, y la adopción, en fin, de hijos de Dios.

La misericordia y clemencia de María son inagotables fuentes que derraman sin cesar copiosas gracias sobre el mundo, y que á todas partes llevan sus aguas de salud y vida; esa clemencia y misericordia de que hablamos, no son, con todo, el único apoyo de nuestra confianza en el hermoso y eficaz patrocinio de Nuestra Señora. El Espíritu Santo la ha desposado consigo, no sólo mediante las virtudes mencionadas, mas también mediante la fidelidad. «Te desposaré, le ha dicho, mediante la fe, esto es: cumpliré fielmente lo que te prometo, y Tú serás también para Mí santa y fiel esposa, que cumplas lo que tienes prometido» (1).

(1) Menoch, hic.

¿Podremos desear mejores garantías que las que nos ofrecen las palabras dichas? Y, sin embargo, podemos añadir que esa fidelidad es solidaria, indistinta, si decirse puede, de la de Dios, porque María, tan estrechamente unida con el Espíritu Divino, es una misma con Su Majestad (1). Además, si consideramos que este Espíritu, en la ocasión á que nos referimos, venía sobre la Iglesia para darle fecundidad indeficiente, y que esta misma se comunicaba por medio de la Santa Virgen (2), no descubriremos sino una sola acción vivificante y salvadora, que, teniendo su principio en Dios, su aplicación la tiene por medio de María.

La incomparable grandeza y eficacia de la intercesión de esta Santa Madre nos manifiesta con cuánta verdad y justicia es llamada por la Iglesia Reina de los apóstoles. Vemos esto mismo en las palabras del profeta Oseas, que con San Agustín hemos aplicado á la hermosa y agraciada Niña: dijo en ellas el Señor que cuando se hubiese desposado con María, el tiempo era llegado de escuchar benigno á los cielos; ¿quiénes son los cielos de que se habla? Los apóstoles (3), que son escuchados en ese día de la gloria de su incomparable Reina, cual si quisiera decirnos el Señor que, en atención y gracia de su Inmaculada Esposa, escuchará benigno los ruegos que le manden sus discípulos. Aun acá en la tierra vemos

(1) I Cor., VI, 17.

(2) D. Bernardin., Serm. 61. De Nativit. Virg., c. 8.

(3) Interlin. Hieron. in Glos.

esto; los grandes de este mundo tienen días solemnes de perdón y gracia en que abren sus tesoros y se muestran indulgentes y benignos, y entre éstos cuéntase el día del matrimonio de los reyes.

La eficacia y superior grandeza de la intercesión de la Sagrada Virgen se nos descubre recordando que, si María no habla por nosotros, los santos callan delante del Señor; mas si ruega, todos los santos rogarán con Ella (1), y Dios la escuchará.

Puesto que hablamos de los desposorios de María, allá en el Cenáculo, indaguemos cuál es la dote con que el Espíritu Santo enriquece á su muy amada y singular Esposa. Sin duda alguna consiste en un tesoro riquísimo de gracias; la embelleció con sus maravillosos dones en aquel grado que correspondía á su inefable y augusta dignidad. ¿Podremos saber cuánta es la excelencia y abundancia de esas gracias? Para esto sólo tenemos una regla que, si queréis, en su misma vaguedad nos revela cuanto es posible aquella grandeza y excelencia, que no alcanza á medir la ciencia de los hombres; cuanto más se acerca una criatura á su Divino Autor, participa más de su bondad (2); y ¿quién nunca se acercó al Señor en tanto grado como la Inmaculada y Santa Virgen? Si contemplamos su pura y admirable Concepción, vemos que el Señor la crió en el Espíritu Santo (3), llenándola de virtud y gracia desde ese

(1) D. Anselm, Exc., v, 20.

(2) D. Th., 3 p., q. 27, a. V.

(3) Eccí., 1, 9.

instante, y siendo bendita y alabada aun en sus mismos padres (1).

Si después de esto volvemos la vista á Nazaret, y escuchamos las palabras del ángel, que la llama llena de gracia, y después le asegura que el Espíritu Santo vendrá sobre Ella, y la virtud del Altísimo la cubrirá con su sombra, ¿no admiraremos esa gracia copiosísima con que entonces el Señor la enriqueció? ¿Podremos dejar de preguntar con San Bernardo: «¿Para qué viene de nuevo sobre María el Espíritu Santo? Para que todos nosotros recibamos de su plenitud.

Por último, si vemos que en el Cenáculo sobre María descende otra vez el mismo Espíritu, colmándola de gracias, comprenderemos que nadie como Ella ha participado de los dones celestiales, y que su grandeza y sus virtudes se elevan, casi sin medida, hasta el trono del Eterno. En ese trono está el Padre, de quien Ella es la Hija muy amada; el Hijo, de quien es la Santa Madre, y está, en fin, el Divino Espíritu, de quien es la Inmaculada Esposa; y á la diestra de ese trono está la Niña á quien Dios amó sobre todas las criaturas. Contemplemos un instante su grandeza, no bajando de la altura donde Dios asienta su esplendente solio, sino subiendo de la tierra al cielo.

María parécese á la tierna y delicada flor que

(1) Eguíara: Vialiter et initiative. Ap. Lazcanum., Disp. 2, sect. 4. D. Damasc. O beatos Joachim lumbos, ex quibus semen omnino immaculatum fluxit! Orat. I. De Nat. B. V. M.

se levanta de un humilde valle (1), á cuyo rededor levántanse también cinco montes de altura gigantesca y majestuosa; la flor crece, sostenida por tres raíces; en su recto y limpio tallo no se encuentra nudo; cinco eran las hojas de la flor, llenas todas de suavísima fragancia. El valle que la vió nacer é ir desarrollándose, crecía con ella, y se levantaba sobre los cinco montes de que hablamos, y las hojas de la flor se extendieron sobre toda la altura de los cielos y más allá de todos los coros de los ángeles. Ese profundo y escondido valle simboliza la humildad incomparable de María, elevada por Dios mismo sobre todo monte. Moisés, por su gran poder, se figura en el primero de esos montes, pues regía al pueblo del Señor, cual si lo tuviera encerrado en el puño de la mano; pero, sin embargo del poder y la grandeza de Moisés, María es más elevada que el gran caudillo, pues ha encerrado en su seno virginal al Supremo Legislador de cielo y tierra.

Elías preséntase después, representando el segundo monte: fué arrebatado en cuerpo y alma á un lugar santo; pero á Elías, María también lo excede; María, que está sobre los coros de los ángeles á la diestra de su Hijo en cuerpo y alma.

Sansón figura, por su incomparable fuerza, el tercero de los montes dichos; sin embargo, Sansón fué vencido por el demonio; y María fué siempre vencedora de ese monstruo, cuya cabeza destrozó con su planta virginal.

El cuarto monte fué David, varón según el

(1) Revel. Stæ. Birgit., l. I, c. 51, per tot.

corazón de Dios, y que cumplía la voluntad divina; mas llegó á separarse del Señor por el pecado. Nuestra Niña, que fué desde el principio de su sér como exhalación de la virtud de Dios, y una pura emanación de su divina gloria, no tuvo en sí ninguna mancha; mas fué pura delante del Señor, como el resplandor de la luz eterna, y el espejo sin mancha de la majestad de Dios, y la hermosa y agraciada imagen de su bondad (1). Es, pues, María más elevada y santa que David.

Representa Salomón el quinto de los montes mencionados: incomparables fueron su sabiduría y la gloria de su trono; con todo, Salomón cayó. Nuestra hermosa Niña es el trono de la sabiduría de Dios, y la más gloriosa de todas las criaturas; dejemos, pues, en olvido á Salomón, cuando pensamos en las grandezas y glorias de María.

La flor de que hablamos nacía de tres raíces, porque desde su infancia la hermosa y santa Niña fué obediente, llena de caridad y de divina inteligencia en las cosas de Dios. De estas tres raíces creció su tallo, limpio, rectísimo y sin nudo alguno, pues la voluntad de María sólo se inclinaba al querer divino. Las cinco hojas de la flor crecieron sobre todos los coros de los ángeles; la primera de esas hojas fué la pureza de la Sagrada Virgen, pureza que los mismos ángeles no se cansan de elogiar. Estos santísimos espíritus se reconocen inferiores á la que es Madre de toda santidad; ¿cuál de entre ellos quisiera comparar el candor de su pureza con la celestial pureza de

(1) Sap., VII, 25, 26.